

BIBLIOGRAFIA ESPECIAL PARA LA CATEDRA DE DERECHO POLITICO TURNO MAÑANA UNCUYO 2018

INSERT UNIDAD 3: EL ENTORNO SOCIAL DEL SISTEMA POLITICO. PARTIDOS. GRUPOS. OPINION PUBLICA

Dr. Alberto Montbrun

Sumario

Introducción. I.1. La evolución del modelo republicano en el Siglo XIX y la aparición de los partidos políticos. I.2. Los partidos políticos en el Siglo XX. Concepto. Tipos. Características. I.3. Ideologías. La crisis de las ideologías rígidas. I.4. El modelo representativo partidocrático y su actual crisis. I.5. Nuevos espacios políticos en el Siglo XXI. (Texto de Franco Molinier) I.5.a. La izquierda. La izquierda moscovita. I.5.b. Las socialdemocracias. I.5.c. La nueva izquierda. I.5.d. Los espacios de centro. I.5.e. La derecha. I.5.f. La derecha alternativa. I.5.g. La centro derecha. II.1. Grupos de interés. (texto cn la colaboración de Lucas Gómez portillo). Nociones generales. Una clasificación. II.2 Los grupos. II.2.a. Clases de grupos. II.2.b. Los grupos y sus formas de actuación. III.1. Opinión pública. Concepto. Características. Funciones.

Introducción

Como hemos visto en las unidades anteriores, la característica fundamental del sistema político es la de adoptar las decisiones de poder, o “repartos investidos de autoridad”. Estas decisiones, obligatorias para toda la comunidad, no surgen ni operan en un vacío. El sistema político manobra en un “entorno social” con el cual mantiene infinitos intercambios y procesos de retroalimentación reforzadora y compensadora. El objetivo del sistema político es mantenerse homeodinámicamente compensado con su ambiente. En ese ambiente social se destacan algunos sistemas críticos por la naturaleza de sus intercambios con el sistema político, como son los partidos políticos y los grupos de presión.

Al mismo tiempo, la opinión pública es el factor crucial de canalización de las demandas y apoyos del sistema político. Su estado en cada momento de los procesos sociales es clave para analizar la fortaleza o debilidad de un sistema político en cada momento de la historia.

I.1. La evolución del modelo republicano en el Siglo XIX y la aparición de los partidos políticos

El modelo republicano de separación de poderes, sintetizado por Montesquieu en *El espíritu de las leyes* (1748) y llevado adelante en el modelo político inglés posterior a 1688, configura el paradigma político emergente de las revoluciones burguesas. A lo largo del siglo XIX este paradigma se extendió como una suerte de dogma intocable por todo el mundo occidental con los más diversos matices. Las primeras constituciones escritas de la historia -Estados Unidos (1787) y Francia (1791)- expresan el corpus doctrinario del liberalismo, que se integra a los principios de soberanía del pueblo, y separación de poderes, en una carta de derechos o constitución escrita y rígida como sus principales elementos. Nuestros padres fundadores, en 1810- en especial Mariano Moreno y Manuel Belgrano- son tributarios apasionados de este modelo como lo serán, en la continuidad de nuestro proceso histórico, Alberdi y Sarmiento.

En paralelo, a lo largo de ese siglo se produjo una transformación en los mecanismos de producción, intercambio y circulación de bienes en el mundo. El paso a una economía de mercado, de producción masiva y estandarizada de bienes que superan el consumo de subsistencia, obligó a la búsqueda de nuevos mercados donde colocarlos; como así también a la apropiación de las materias primas de las colonias necesarias para alimentar la nueva maquinaria industrial.

La emergencia del sistema capitalista fue acompañada por el surgimiento de una nueva clase social que no existía –o al menos no tenía “conciencia de clase”. Esta nueva clase social planteó al sistema político una serie de demandas y reclamos que comprometieron su legitimidad frente a las violaciones de derechos individuales para los que el repertorio liberal no daba respuesta, por lo que se vio en la tarea de generar su propia cobertura ideológica. Hablamos del proletariado industrial, para quienes el sistema garantista del liberalismo no significaba nada, ya que el proletario solo dispone de su capacidad de trabajo –y la de su familia– para negociar “libremente” con el dueño del capital.

Así, a lo largo del siglo XIX aparecen y se consolidan las ideologías políticas, que ponen en jaque al monopolio del pensamiento “políticamente correcto” que hasta entonces, dominaba el liberalismo. Las críticas de Edmund Burke a los excesos y desvíos de la Revolución Francesa auspiciaron el surgimiento del temprano pensamiento conservador que, sin renegar de los principios del liberalismo político, propone una evolución gradual que toma como ejemplo la Revolución Inglesa de 1688.

El ya mencionado emergente proletariado se cristaliza en las primeras corrientes socialistas: Charles Fourier, Robert Owen, Henry de Saint Simon y los cooperativistas. Tienen en común crítica a la propiedad de los medios de producción y a algunos valores claves del liberalismo, como el egoísmo individual. Más radical fue la propuesta marxista, el cual sitúa la lucha de clases como motor de la historia, donde el proletario está destinado a triunfar y avanzar hacia una sociedad libre de clases.

A su vez, la Iglesia Católica retomó el rol político del que fue desplazada por las revoluciones burguesas. En medio de los excesos del capitalismo y el fortalecimiento de los movimientos socialistas del siglo XIX, el Papa León XIII inaugura con su encíclica *Rerum Novarum* (1891) un nuevo protagonismo político de la Iglesia Católica. Sus encíclicas papales y documentos religiosos buscaron el equilibrio entre el extremo individualismo atomista del liberalismo y el intervencionismo estatal del materialismo histórico. Nace así, la Doctrina Social de la Iglesia, base fundamental del programa político de muchos partidos democristianos en Europa y Latinoamérica.

Es en este clima de efervescencia ideológica cuando el sufragio alcanza a mayores sectores de la población. Lo que antes se limitaba para algunos “vecinos” –propietarios o con determinado nivel impositivo- se extendió a todo varón mayor de edad, y gradualmente a las mujeres. Este modelo político más inclusivo dio origen la aparición de los partidos políticos como los grandes intermediarios entre el Estado y la comunidad.

Si bien los partidos políticos son ya conocidos desde el siglo XVIII –a partir de los clubes, las facciones y la representación de intereses y regiones– su consagración institucional es producto de la nueva sociedad plural del siglo XIX. El manejo de la democracia de masas, con sus programas políticos e interpretaciones sobre la sociedad era algo impensado bajo el antiguo modelo liberal “a secas”. Nació así el modelo “representativo partidocrático”.

Más allá de circunstancias puntuales y concretas en cada país, hay una tendencia histórica del surgimiento de los partidos que, tomando como base a Raus y Respuela podría sintetizarse así:

- Partidos liberales contra los viejos regímenes monárquicos
- Partidos conservadores contra los regímenes liberales
- Partidos obreros, socialistas y comunistas contra la socialdemocracia
- Partidos radicales, como variantes del socialismo y el liberalismo, contra la burguesía
- Partidos de orientación cristiana. basados en la doctrina social de la iglesia en general. contra los regímenes liberales
- Partidos fascistas como reacción al socialismo, al liberalismo y a la inmigración
- Partidos ecológicos y ambientales emergentes a partir de los 70's acompañando la democracia post industrial
- Partidos de la “tercera vía” a partir del colapso del colectivismo soviético
- Nuevos espacios actuales a partir de la crisis de los partidos tradicionales

I.2. Los partidos políticos. Concepto. Tipos. Características

Entre cientos de definiciones existentes, entendemos a los partidos políticos como “grupos de personas organizados de manera más o menos permanente con el objetivo de acceder al poder a través de vías legales”.

Sartori (1980) los define como cualquier grupo político identificado con una etiqueta oficial que se presenta a las elecciones (libres o no) y puede sacar candidatos a cargos públicos.

Los partidos políticos son los encargados de “filtrar” y “seleccionar” las personas y los temas que ingresan al sistema político. Otras funciones en general son: expresar y canalizar las demandas de la sociedad civil hacia el sistema político; incorporar sectores sociales significativos a la vida política; la articulación y agregación de intereses sociales; el reclutamiento y socialización política; brindar legitimidad al sistema político; moviliza la opinión pública; estructurar, etiquetar y encuadrar el voto tal como lo conocemos ahora; el reclutamiento y selección de las élites y la formación política de cuadros.

LaPalombara y Weiner (Abal Medina, 2010) señalan cuatro condiciones esenciales para su existencia:

- a) una organización duradera y estable;
- b) que dicha organización permita a las organizaciones de carácter local mantener lazos regulares y variados con la organización a nivel nacional;
- c) la voluntad deliberada y consciente del grupo de conquistar, ejercer y conservar el poder político;
- d) la búsqueda del apoyo popular para conseguir sus fines (especialmente, pero no exclusivamente, en elecciones libres y competitivas).

I.3. Ideologías. La crisis de ideologías rígidas

Un tema relevante en el estado actual del debate en torno a los partidos políticos es la cuestión de las ideologías. El paso de la sociedad industrial a la sociedad tecnocrática del conocimiento –en la que vivimos– produjo importantes transformaciones en las costumbres, pautas de conducta y modelos mentales. Estos cambios cuestionaron la legitimidad de muchas instituciones que todavía funcionan en nuestras sociedades.

El modelo republicano clásico sufrió importantes crisis a lo largo del siglo XIX con la aparición de nuevos sectores y clases sociales, que disputaron la hegemonía de la burguesía alentando el surgimiento de nuevas y renovadoras corrientes de opinión. El análisis de las sucesivas crisis nos permitirá entender el estado actual de nuestro sistema político, y con suerte, determinar cuál puede ser el futuro de nuestra democracia.

El esquema republicano representativo clásico, hijo del siglo XIX, y que se receipta en nuestra Constitución Nacional, postula que el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes: entre el pueblo y los representantes no hay intermediarios. Los tres poderes del Estado se relacionan siguiendo el modelo de la separación de poderes, donde el Poder Ejecutivo es controlado por el Congreso que, además de dictar las leyes que determinan la política del Estado que el Ejecutivo debe realizar, lo controla a través del juicio político, las interpelaciones a ministros, los pedidos de informes y las comisiones investigadoras. La Corte Suprema de Justicia controla a los otros poderes por la vía de la declaración de inconstitucionalidad de leyes y decretos. Por su parte, tanto el Congreso y el Poder Ejecutivo concurren a la formación del Poder Judicial designando los jueces que la integran. Finalmente, el Poder Ejecutivo puede vetar las leyes dictadas por el Poder Legislativo.

Este prolijo esquema de poder entró en crisis con la generalización de los partidos políticos y el etiquetamiento ideológico propio de fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Si bien consideramos que fue un momento histórico de progreso y justicia, donde se incorporaron beneficios de bienestar para los trabajadores, las mujeres y otros sectores históricamente postergados, también acarrió consecuencias no deseadas. Los sistemas electorales de mayoría y minoría resintieron las funciones de control y equilibrio, cristalizando la histórica predominancia del Poder Ejecutivo sobre los otros dos.

Bajo el “modelo representativo partidocrático”, los partidos políticos mantienen el monopolio de las candidaturas, por lo que el acceso a un cargo público se dificulta si no se está afiliado a un partido. En nuestro país, el problema se

agravó con las llamadas listas sábanas, donde el papel del elector se redujo todavía más. Todos estos factores alteraron el principio básico de la representación política: ya no se representa al pueblo en su conjunto sino a los partidos políticos, al extremo de que un sector de la doctrina constitucionalista propone que las bancas pasen a pertenecer a los partidos.

En este contexto no es de extrañar la irrupción de la lógica binaria “oficialismo / oposición” que esteriliza y anula las búsquedas de consensos y la superación de diferencias. Los roles de “oficialismo” y “oposición”, nada tienen que ver con pertenencias ideológicas o partidarias. Por ejemplo, es casi una regla permanente que el oficialismo apruebe rápidamente los proyectos del Ejecutivo y la oposición proteste y reclame más tiempo para analizarlos.

En nuestro país, los dos partidos políticos tradicionales que se alternaron en el poder nacional y provincial con la vuelta a la democracia –la Unión Cívica Radical y el Partido Justicialista– expresaron el mismo tipo de posiciones en cada ocasión que ocuparon uno de estos dos roles. Durante la presidencia del radical Alfonsín el Partido Justicialista se opuso a las privatizaciones y cuestionó duramente las llamadas leyes de obediencia debida y punto final. A poco de asumir, el justicialista Carlos Menem comenzó un proceso de privatizaciones que en pocos años sacó de la esfera del Estado empresas como ENTEL, YPF, Gas del Estado, Ferrocarriles Argentinos y otras. También ese gobierno justicialista indultó a los militares responsables de violaciones a derechos humanos durante la dictadura. La Unión Cívica Radical se opuso en todos los casos. En 1992, el justicialismo sancionó la ley 24156 de los llamados súper-poderes, con la oposición del radicalismo. En el año 2001, el radical De la Rúa las prorrogó, y con Néstor Kirchner se los integró a la llamada ley de administración financiera del Estado. La Unión Cívica Radical no olvidó oponerse a este atropello constitucional.

La cuestión de la crisis de las ideologías, del desdibujamiento de los partidos tradicionales y la admirable habilidad de algunos líderes para pasar de un partido a otro, acompañados por la proliferación de nuevas etiquetas y sellos, son visualizadas como fenómenos negativos por muchos estudiosos de la

ciencia política y comentaristas. Sin embargo, sugerimos que son parte de una transformación más profunda de la política, de la que tenemos que hacernos cargo.

Hemos sugerido que hasta el siglo XIX, sólo el liberalismo político y económico podía considerarse “ideología” en los términos modernos del pensamiento político, aunque ya comenzaba a manifestarse la reacción que daría lugar al conservadorismo, al marxismo y la doctrina social de la Iglesia.

Siguiendo la línea que considera a las ideologías como sistemas de ideas orientados a la acción política, podemos advertir que ciertas pautas en el intento de precisar el concepto se repiten, aunque con matices y divergencias, a lo largo de muchas definiciones de la ciencia política contemporánea. Autores como David Easton (1965), Brzezinski (1962), Herber Mc Closky (1964), Emilio de Ipola (1983), Carl Friedrich (1959) y otros, nos permiten sintetizar la noción de ideología política con las siguientes características:

- sistemas predominantemente cerrados de pensamientos, ideas, creencias y valores
- orientados a la acción política
- que se expresan en un programa de gobierno y un corpus doctrinario
- que se diferencian de las otras ideologías y
- que se reivindican como de base científica y racional

Este concepto – como todo en la ciencia política – está hoy en crisis. Sartori (1992) construyó una contraposición entre ideología y pragmatismo, basada en una doble dimensión presente en los sistemas de creencias políticas: la dimensión cognitiva y la dimensión emotiva. Los sistemas de creencias ideológicas se caracterizan a nivel cognitivo por una mentalidad dogmática – rígida, impermeable tanto a los argumentos como a los hechos–, doctrinaria (que apela a los principios y a las argumentaciones deductivas) y, a nivel emotivo, exhiben un fuerte componente pasional, que les confiere un alto potencial de actividad. Por el contrario, los sistemas de creencias pragmáticas

presentan una mentalidad abierta a los argumentos, las razones y las nuevas evidencias, más propensos a la negociación y la flexibilidad en el plano emotivo.

Ya a fines de los setenta y principios de los ochenta Europa se vio marcada por procesos de revisión ideológica interesantes, sobre todo en los partidos de izquierda. Algunos partidos comunistas –como por ejemplo en Francia bajo el liderazgo de George Marchais e Italia con Enrico Berlinguer– elaboraron plataformas políticas menos rígidas y dogmáticas que las que hasta entonces ofrecían generando la variante denominada eurocomunismo. Para 1976, en el XIX Congreso del Partido Socialista Obrero Español, un joven Felipe González (futuro presidente con la vuelta de la democracia) propuso retirar el aditamento de “marxista” del partido. La lista continúa; Nueva Zelanda, Francia, hasta llegar a la era Clinton de los EE. UU y la renovación del Laborismo Inglés, que dio origen a la llamada tercera vía, que combina una economía de mercado con políticas de redistribución del ingreso.

En nuestro país, por lo menos hasta 2015, los partidos no admitían sino en forma vergonzante la realidad de la ruptura de los marcos ideológico-programáticos propios del siglo XX. Y, sin embargo, una vez y otra vez presenciamos alianzas entre partidos que antiguamente habrían sido impensables. Le acompañan los “pases” de un partido a otro, todo lo cual demuestra que la cuestión está presente y aceptada en Argentina.

Es que las ideologías rígidas no pueden lidiar con dos factores críticos del actual entorno social: en primer lugar, el cambio vertiginoso y permanente del contexto mundial globalizado, donde los programas cristalizados carecen de capacidad de adaptación. Por el otro, el incremento exponencial de la información y los avances permanentes de la ciencia que deja desactualizado e ineficaz cualquier sistema fundado únicamente en ideas históricas o dogmáticas.

Las nuevas alternativas o modalidades de acción política, proponen un paso hacia adelante sin volver a modelos antiguos. Parten de la base de retomar el

principio de que el pueblo sí delibera, gobierna y decide más allá de lo que digan sus representantes, por lo que sólo puede re-legitimarse el sistema desde nuevas perspectivas de gestión y participación.

La indudable crisis de las ideologías rígidas no debe llevarnos a suponer o postular la desaparición de los valores, principios y escrúpulos en la política, a pesar de algún discurso cínico a este respecto. El código genético de la humanidad viene generando valores desde hace muchos miles de años en razón de la permanencia de la convivencia y la adaptación como principios animadores de la perpetuación de las especies vivas. La diferencia fundamental, ahora, es que la política tiende a apoyarse cada vez más en la ciencia, en la nueva ciencia, y cada vez menos en la retórica y los ideologismos.

I.4. El modelo representativo partidocrático y su actual crisis

Como señalamos, los partidos políticos se convirtieron a lo largo del Siglo XX en los grandes intermediarios entre el colectivo social y el sistema político. Esta circunstancia conllevó a la emergencia de un modelo de poder que se ha dado en llamar el modelo “representativo partidocrático”. Las principales características de este modelo son:

1. El pueblo es titular originario del poder, pero lo delega en sus representantes, quienes tienen un mandato libre, limitado en el tiempo y bajo el condicionamiento de la constitución escrita y rígida.
2. Los partidos políticos se erigen en intermediarios entre la sociedad y el sistema político, a fin de procesar, canalizar y combinar la multiplicidad de demandas e intereses que afloran en el colectivo social.
3. Buscando el voto del colectivo social los partidos políticos ofrecen “programas de gobierno” basados en sistemas ideológicos rígidos, prescriptivos y predominantemente cerrados.

4. Las ideologías juegan un papel fundamental en el etiquetamiento del colectivo social, de manera tal que es muy bajo el número de electores que no se sienten vinculados a algún partido político.

5. Los partidos monopolizan el acceso a los cargos públicos. Los ciudadanos independientes no pueden acceder a cargos electivos salvo que un partido los proponga.

6. Los partidos políticos tratan de diferenciarse entre sí tomando como propios determinados valores que son visualizados positivamente por la sociedad: justicia social, menor presión impositiva, distribución del ingreso, derechos humanos, etc.

7. El modelo representativo partidocrático genera una lógica binaria en el funcionamiento de los cuerpos legislativos: la lógica oficialismo-oposición, algo inconcebible en el modelo “puro” de Montesquieu y Sieyes porque, en ese esquema, los representantes “representan” directamente a los votantes sin intermediación alguna. Algunas constituciones provinciales –La Rioja, Río Negro– consagran el constitucionalmente dudoso principio de que las bancas pertenecen a los partidos.

Este modelo representativo partidocrático operó con relativa eficacia a lo largo del siglo XX, en especial durante la posguerra. Una característica interesante de este modelo (en su postulado teórico) es que cuando la gente vota elige u opta, además de por un partido y una lista de candidatos, por un programa concreto de gobierno, es decir un repertorio de medidas concretas que se adoptarán. El que gana, lo lleva adelante y el que pierda se reserva como crítica y alternativa de poder para la próxima elección. Esto implica necesariamente una clara diferenciación entre los partidos.

Sin embargo, no hay que confundirse: los partidos significaron un avance extraordinario para la democracia al permitir el acceso de millones de personas no solamente al voto sino también a los beneficios del estado de bienestar. Pero su representatividad y eficacia son infinitamente menores que la que

tuvieran un siglo atrás debido a varias razones algunas de las cuales mencionaremos brevemente.

1. El cambio de paradigma científico que se inicia con la teoría cuántica y que se consolida en nuestros días con el paso del positivismo científico al paradigma de la complejidad y que contrasta con el modelo mecánico que inspira las instituciones de la sociedad industrial;

2. las diversas crisis del modelo republicano a lo largo del siglo XX, como la crisis del modelo de Montesquieu, la crisis del concepto de poder, la crisis de las ideologías rígidas y finalmente la crisis de la propia partidocracia, que auspician la emergencia de nuevas formas de participación y

3. el paso de la sociedad industrial a la sociedad tecnocrática del conocimiento con sus particulares repercusiones en el ámbito educativo, laboral, tecnológico, económico y social. Este cambio determina, entre otras, la circunstancia de que, por primera vez en la historia de la humanidad, gracias a la universalización del acceso al conocimiento, resulta muy difícil sostener la validez de la idea de que los líderes o las élites saben más o están más capacitadas que el resto del colectivo social para el ejercicio de las tareas de gobierno y conducción política.

Ya para la década de los '80 este modelo entra en una crisis profunda. Las fisuras se agravan con la caída del sistema soviético, y el mundo de posguerra queda definitivamente atrás. Nuevos elementos claves de la sociedad moderna y globalizada, hacen que el modelo tradicional ya no funcione adecuadamente. En la era del incremento exponencial de la información y la digitalización se necesitan modelos flexibles y capaces de adaptarse. Los problemas son ahora globales, con una mayor estratificación social que plantea al sistema político la irresuelta problemática de la inequidad, la marginalidad y la exclusión. Esta universalidad la podemos encontrar también en la mayor diversidad de grupos y sectores de interés que pertenecen al colectivo social. Por otro lado, los etiquetamientos propios de sociedad industrial (asalariados, propietarios, clase

media, profesionales, etc.) ya no son tan útiles, y la riqueza de la variedad reclama respuestas diferenciadas y ad hoc.

Los valores que históricamente encarnaba cada partido resultan ahora compartidos en general por la inmensa mayoría de la sociedad y ninguno de nuestros partidos dejaría de suscribirlos, al extremo de que los neoliberales se preocupan por la redistribución del ingreso y los socialistas preservan –donde les toca gobernar– un Estado eficiente y de tamaño adecuado, además de promocionar la actividad privada. Toda esta situación permitió la configuración de alianzas de gobierno no explicables en el marco tradicional.

Los partidos aparecen crecientemente aislados de la sociedad que los mira con desconfianza. Una encuesta de Gallup de 2007 en Argentina, entre otras, los muestra en el último lugar de una lista de instituciones con apenas un 7% de confianza, detrás de la policía, las fuerzas armadas y los sindicatos.

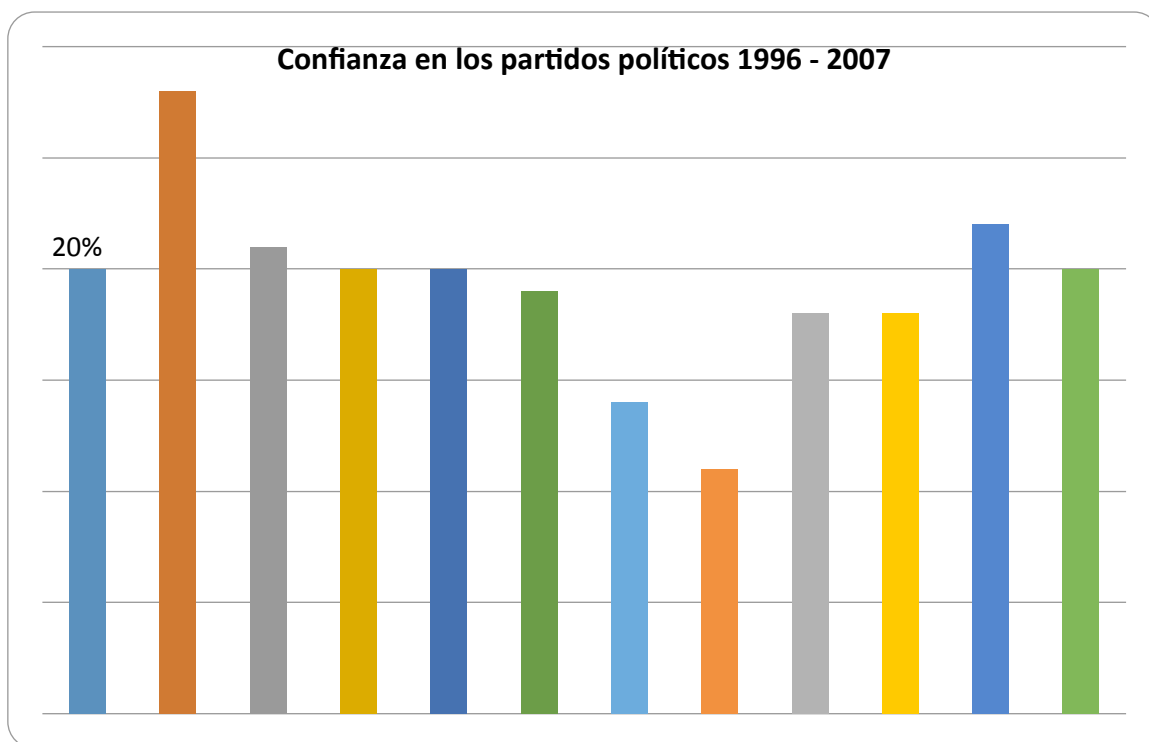
Se les percibe como una suerte de oligarquía clasista, sectaria y excluyente: muchas decisiones del sistema político no se establecen en respuesta a necesidades sociales sino a demandas del propio subsistema partidocrático. Año 2010, y la Legislatura de Mendoza aprobó por unanimidad una ley de jubilación de privilegio para los legisladores que les aseguraba el 82% móvil de su haber, con dos años de ejercicio de su mandato. La reacción de la opinión pública obligó al gobernador a vetar la norma.

Lo que en el saber popular se dice, que “el pueblo no delibera ni gobierna ni se va a vivir a un barrio privado sino por medio de sus representantes”.

La confianza y representatividad de los partidos, medida en diversas encuestas de Argentina y América Latina, presenta datos muy semejantes:

Una encuesta de Gallup de 2002 en Argentina, entre adultos en edad de votar y frente a la pregunta: “¿Se siente representado por algún partido político?” obtuvo un total de 87% de respuestas negativas.

Una encuesta realizada por la organización de la sociedad civil FAVIM y la Fundación Friedrich Ebert entre jóvenes de 14 a 29 en el año 2006 indicó que ante la pregunta: “¿Te sentís identificado con alguno de los siguientes partidos políticos?” la respuesta “Ninguno” recibió un 83% de opciones.



Fuente: Latinobarómetro - Informe 2007

Estos datos ponen un llamado de atención sobre el nivel de legitimidad de nuestro Congreso, toda vez que, dado el monopolio de las candidaturas, el 100 % del mismo representa genuinamente apenas a poco más del 20 % de nuestra sociedad.

La propia democracia se redefine. Hoy la democracia no puede ser concebida como un sistema a través del cual unas personas son elegidas para acceder al poder y gobernar por un tiempo sin recibir instrucciones o mandatos imperativos de nadie. Al contrario, la participación activa y militante de la sociedad se verifica en forma creciente. Es que en la actualidad los partidos políticos no solo son muy parecidos entre sí, sino que además son cada vez menos representativos del colectivo social.

El caso de Chile es un buen ejemplo de los nuevos procesos. Hace treinta años, difícilmente un socialista y un demócrata cristiano podían coincidir en temas de carácter político. O en Israel, donde conservadores y socialistas organizan la retirada de los asentamientos israelíes de la franja de Gaza.

En Alemania, con la caída del muro de Berlín, en 1989, socialdemócratas y socialcristianos –que se habían enfrentado fuertemente en términos ideológicos a lo largo de toda la posguerra– demostraron una alta conciencia cívica al unirse para gobernar en alianza la vieja Alemania oriental. En 2006 y luego de una muy pareja elección, conformaron la “gran alianza” que gobernó el país durante varios años y perdura hasta nuestros días.

En 2015 en Argentina gana una construcción política integrada por un espacio tradicional (la UCR), un movimiento hiperpersonalista (la Coalición Cívica ARI) y el PRO que constituye una apuesta de la derecha a conformar un nuevo tipo de espacio. En Mendoza, la UCR gana asociada a prácticamente la totalidad del arco político existente menos el justicialismo (Partido Socialista, Libres del Sur, Coalición Cívica ARI, Partido Demócrata, PRO, y otros).

El artículo 22 de nuestra Constitución Nacional evidencia este desfasaje histórico y paradigmático. Aun así, los colectivos sociales deliberan y debaten, gobiernan, juzgan, condenan, salen a la calle, promueven la caída de ministros o presidentes y seguramente se equivocan con la misma frecuencia que nuestros gobiernos y que cada uno de nosotros, porque cometer errores y equivocarnos es propio de nuestra índole humana. Si el sistema político no provee herramientas adecuadas para esta participación directa, la misma tiende a ser desordenada, a veces caótica, pero es una energía que busca sus encauzamientos mucho más allá de votar cada dos años. En los medios de comunicación arde la política, aunque muchas veces bajo un discurso descalificador. El ágora electrónica de la aldea global de McLuhan está más vigente que nunca.

¿Que esto puede asustarnos o parecernos mal? La crisis de los partidos y de las ideologías es parte de los procesos de la evolución humana, y no debería

ameritar juicios de condena o crítica; podría ser, si no tuviéramos paradigmas alternativos, pero son datos insoslayables para quienes desean aportar a una reingeniería de la convivencia y a una resignificación de la democracia. Si nuestros líderes carecen de paradigmas científicos actualizados se verán recurrentemente embargados por la perplejidad, recurriendo una vez y otra vez a respuestas rancias y poco efectivas. La rateada masiva del 2010, convocada por estudiantes a través de la red cibernética social Facebook conmovió tanto a la dirigencia política mendocina y a los conductores del sistema educativo que se llegó al extremo... ¿de prohibir a Facebook que permitiera el ingreso de menores de 16 años de edad a la red!

¿Sugerimos una democracia sin partidos? De ninguna manera. Tampoco se trata de reemplazar a los partidos por otro tipo de organizaciones en la postulación de candidatos, como podrían ser uniones vecinales u organizaciones de la sociedad civil. No es por allí que vienen los cambios. Los partidos políticos en muchos lugares del mundo reciclan sus estructuras reclutadoras y clientelistas, a estructuras ágiles y dinámicas de capacitación de cuadros para el manejo de la complejidad. La tarea de capacitación de cuadros –salvo para lo que es adoctrinamiento e historia– es algo que en nuestro país se delega en fundaciones y think tanks privados.

También la democracia se redefine hacia modelos más autoorganizativos. En ese marco, las organizaciones de la sociedad civil reciben un mayor insumo energético del Estado para la provisión más efectiva de respuestas a las demandas del colectivo social en el contexto de un sistema político que, más que proveer respuestas en forma directa, se dedica a nutrir, energizar y fortalecer la red social.

Allí adquiere total relevancia el concepto de empoderamiento (empowerment) de los actores sociales, donde la capacitación y la educación juegan un rol fundamental. Todo lo contrario, ha venido sucediendo en nuestro país, donde las políticas clientelistas consolidan patrones de paternalismo y dependencia que refuerzan el modelo neoconservador vigente.

I.5. Nuevos espacios políticos en el Siglo XXI (Texto de Franco Molinier)

“Vivimos tiempo de cambio”; es, posiblemente, la frase más trillada de la historia. Uno puede hallarla en el desencantado discurso de un senador romano, en las cartas que los generales de las guerras independentistas se enviaban entre sí, hasta llegar a un obrero repartiendo propaganda anti zarista. Del discurso más decadentista hasta el más esperanzador, cada uno expresa una nota de razón en su interior.

Recordemos, que la configuración de los contextos que nos rodean es el producto de un centenar de condiciones que nos superan como especie, entre ellas, la tan mencionada lucha por el poder. Frente a un panorama tan plástico, la idea de un cuerpo nutrido de ideas que sepa extraer el orden de tanto caos, nos regocija y dota de esperanza. El suelo podrá desaparecer debajo de nuestros pies, pero siempre tendremos la confianza de saber hacia dónde vamos; ante la adversidad el hombre mantiene sus ideas por encima de todo.

Esta visión romántica de nuestras ideas políticas no resiste el menor escrutinio histórico. Las ideas humanas son contingentes, parte de un plan político que no se limita a buscar el “cambio” o el “glorioso regreso a las viejas formas”, sino lograr la victoria o permanencia en el sistema. No nos debería sorprender que en el camino se realicen concesiones y alianzas que llegan a contradecir la misma idea de pureza con que se les concibe. La real politik, por más cínica que nos parezca, no deja por ello de tener razón.

No obstante, utilizamos terminología de movimientos del siglo pasado, cuyo panorama era totalmente distinto al nuestro, y no tiene en cuenta su aplicabilidad o permanencia en el discurso actual. Las teorías de estado, soberanía, organización social o cualquier otro termino que ustedes prefieran, nacieron en un momento caliente y único de nuestra historia. En menos de trescientos años atravesamos revoluciones industriales, agrícolas y científicas. El mundo se abrió y se nos mostró en formas tan variadas e indescriptibles que las teorías políticas de su momento asumieron el compromiso de capitalizar

estos cambios en repuestas: liberalismo, comunismo, fascismo, nacionalismo, y otros ismos.

Nuestro panorama es distinto, y como siempre, único y similar. El frenético avance tecnológico, basado en la información, nos trajo la era de la digitalización y las nano ciencias, con un fuerte énfasis en la interconexión y la interactividad. La forma en que vemos, pensamos y producimos en el espacio global colisiona con las funciones de división y jerarquización de los Estados nacionales y otras nociones políticas con la que navegamos hace solo cuestión de años.

Este incremento de la información produce un cambio vertiginoso del contexto. Ya no podemos dar nada por seguro, por eterno; ningún gobierno durará mil años. Poco a poco, las ciencias sociales abandonan la noción que el hombre es un creador libre que se auto construye.

Repito, vivimos tiempos de cambios, y los partidos políticos han tratado de adaptar sus ideas a este nuevo panorama. Este sencillo paper trata de ser una pequeña introducción y guía ante los ejemplos más destacables, comparándoles con sus antecesores y mostrando las diferencias que surgen en el panorama político.

Antes de comenzar, no está de más recordar que las ideas políticas responden a un programa que busca orientarnos en el mundo, brindar respuestas, crear narrativas sobre cómo funciona el mundo o sobre cómo el partido se concibe a sí mismo con relación a este. La competencia por la permanencia en los sistemas políticos no solo se da en el exterior de los movimientos sino también en su interior, girando sobre las interpretaciones y liderazgos que hacen que los matices y excepciones puedan con facilidad pavimentar un camino directo hacia el infierno epistemológico. Es por eso que, para mantener cierta certeza y brevedad, elegí utilizar las viejas nociones de del espectro político para facilitar la agrupación en su análisis.

I.5.a. La izquierda. La izquierda moscovita.

Se suele caracterizar a las posiciones de la izquierda como aquellas que anteponen la igualdad social por sobre otros valores políticos. Esta definición es tan nebulosa como infinita en expresiones.

La más famosa sin duda es la del comunismo, que hasta 1990 gobernó sobre 1/3 del territorio mundial. Se podría hacer un trabajo aparte sobre las consecuencias del modelo comunista en el panorama mundial, pero me basta con mencionar que, por cada mejora de las condiciones de salud, educación y bienestar, encontramos otro sinfín donde las libertades sexuales, artísticas, sindicales y de prensa fueron recortadas y oprimidas.

La línea de pensamiento fundada por Marx y Engels en la Inglaterra victoriana tuvo un sinfín de intérpretes: Lenin, Stalin, Trotsky, Mao, Tito. Para este trabajo nos basta el modelo soviético, definido por Lenin en su obra y praxis política, ya que el triunfo de la revolución de octubre volvió esta línea de pensamiento el modelo de todo intento revolucionario en el siglo XX.

Para el Marxismo-Leninismo, la única manera de cambiar la sociedad capitalista es por medio de la revolución armada. La toma del poder político permitiría instaurar la “dictadura del proletariado”, que utilizaría al estado como instrumento para emancipar la sociedad. Esta etapa se presumía transitoria, aunque en la práctica resultó todo lo contrario.

La dirección del nuevo estado sería asumida por el partido, el que a su vez estaría dirigido por un grupo de líderes que dotarían al partido de un programa para actuar. El partido era la vanguardia, el cuadro de profesionales que se encargarían de llevar a todos hasta la sociedad sin clases. Es por eso que la tarea del partido no se limitaba a la mera administración, ya que consideraban que la conciencia socialista de la que hablaba Marx y Engels no surgiría de los propios obreros. Era necesario introducirla “desde afuera”, ya que el socialismo es una ciencia que debe ser impartida y mantenida. Este centrismo

democrático se agravaría bajo la dirección de Stalin y abandonaría las claras intenciones internacionalistas de su modelo.

I.5.b. Las socialdemocracias

Del otro lado del telón de acero, la mayoría de los movimientos de izquierda adoptaron posiciones democráticas. ¿El plan?, llegar al socialismo por medio de reformas graduales.

Pero tras la crisis del '30, concentraron sus programas en el fortalecimiento del estado de bienestar y los derechos sindicales. Progresivamente se dejaron de lado los objetivos a largo plazo para así garantizar la estabilidad electoral. El primero de ellos, el Sozialdemokratische Partei Deutschlands (SPD), el partido socialdemócrata alemán, abandonó oficialmente el concepto de lucha de clases y los principios marxistas en 1959. El resto de partidos no tardaron en seguir su ejemplo durante la posguerra.

Al llegar los años '80, la crisis del estado de bienestar provocó otro viraje en la mayoría de las plataformas. Se aceptaron posiciones más cercanas al libre mercado y la desregulación, siendo el estado el responsable de “solucionar” los efectos negativos del capitalismo. Podemos ver esto en el cuarto gobierno laborista en Nueva Zelanda (1984-1990) y el gobierno de Felipe González en España (1982-1996). Para 1989, cien años después de su fundación (y coincidiendo con la caída de la URSS) la Internacional Socialista redefinió su declaración de principios, declarando su compromiso con la “internacionalización de la economía”. En muchos casos, por medio de alianzas con antiguos rivales, se volvieron los principales impulsores de los tratados internacionales de libre mercado, sin renunciar a crear un “capitalismo con rostro humano”

Llamativo es que ese mismo año, Carlos Saúl Menem llegara al gobierno de nuestro país. Estando al frente del Partido Peronista, histórico defensor de políticas nacionalistas e intervencionistas, se emprendió un proceso de liberalización de la economía argentina como nunca antes se había visto.

I.5.c. La nueva izquierda

Los sectores más ortodoxos de la izquierda tomaron su tiempo para reagruparse tras la caída del bloque soviético. Su oportunidad llegó con la crisis financiera del 2008.

Para ellos, el capitalismo post industrial es un constante proceso de diferenciación y jerarquización, lo que rompe con los moldes clásicos de burguesía/proletariado. La economía globalizada e interconectada hace que los funcionarios tengan menor poder de decisión y acción. El agotamiento de los Estados y naciones como modelos impulsores del capitalismo los condena a ser reemplazados por instituciones transnacionales privadas y públicas que regulan y organizan la vida a escala global.

Ante este panorama, proponen una actualización de las premisas clásicas. Por empezar, flexibilizar la clasificación de la sociedad entre burgueses y proletarios, a la que consideran, niega la multiplicidad de las personas en la vida real. La experiencia humana es plural, compuesta por innumerables diferencias internas (cultura, etnicidad, género, etc.) que difícilmente se reducen a una única identidad. No nos extraña que estos nuevos movimientos en occidente se alinearan a favor de los derechos de las personas homosexuales y otros derechos civiles. En contraste, para la visión ortodoxa, la homosexualidad era un vicio burgués que desaparecería con la revolución, y en muchos países como la URSS, era (y es) considerado un delito.

El actor político de la nueva izquierda es un sujeto indefinido, móvil, plural y ubicuo; al que el capitalismo afecta de diferentes maneras. Por ello, priorizan encontrar las problemáticas comunes que pueden unificarlos. Consideran que aceptar la visión clasista de las personas es hacerle un favor al sistema.

Problemas diversos requieren de soluciones heterogéneas, por lo que conciben el accionar político en varios campos de acción e instrumentos políticos. La resistencia es una de tantas expresiones de la lucha de clases, y se aceptan

tanto acciones colectivas e individuales. En este nuevo panorama, el estado es parte integral de la sociedad capitalista, cuya función es la de garantizar la acumulación económica a largo plazo y asegurar la legitimidad del sistema. Para la nueva izquierda esto no significa que el Estado se vea reducido a un mero instrumento de las clases dominantes; por medio de la lucha de clases se pueden cambiar aspectos importantes en la forma del estado y sus funciones, lo que permitiría mejorar la calidad de vida de muchas personas.

Coinciden con la izquierda moscovita en que las clases dominantes transforman su propia ideología en “cultura” y “sentido común”, lo que les legitima y permite mantenerse en el poder. Las nuevas corrientes agregan que esta ideología ha penetrado incluso en nuestros actos inconscientes y nuestro cuerpo; el sexo, las drogas, nuestras emociones. Si la doctrina liberal funciona justificándose en la naturaleza egoísta del hombre, la nueva izquierda la cuestiona sin dar concesiones, preguntándose qué es verdaderamente natural en el hombre. Muchas de sus consignas se centran en cuestionar las nociones de individualismo, egoísmo, exitismo, productivismo, consumismo, el conformismo y pasividad.

Por último, conciben al poder como algo fluido que no se limita a concentrarse en el Estado. Por eso mimos la organización de sus movimientos se debe centrar en red y en estructuras horizontales, que garanticen la mayor participación posible de sus integrantes, con un importante foco en el localismo de las mismas y utilizando las nuevas formas de comunicación para conectarse en el panorama de la lucha mundial. La revolución, según la entienden, es algo que se hace día a día, con nuestros hábitos y pensamientos, y no solamente apilando obreros y fusibles en la plaza principal.

Tras este largo análisis, podemos centrarnos en dos experiencias concretas: España y Grecia. Estamos en 2008; año bisiesto, declarado por la ONU como el Año internacional de la Patata. Mientras tanto, la crisis de las hipotecas subprime alcanza a Europa y golpea con aún más fuerza entre los países del Mediterráneo. España va de recorte en recorte hasta terminar con una reforma

Laboral profunda, y Grecia se somete a un férreo control de la Troika a cambio de refinanciar su deuda. Por supuesto, también hay recortes.

El clima social no tarda en explotar. Los partidos tradicionales, incluidos la socialdemocracia, son igualmente acusados de ser cómplices de la situación en la que se encuentran. En Grecia, histórico bastión de partidos de izquierda, una coalición de partidos de tendencia radical termina por conformarse como partido y se vuelve la principal opositora a la austeridad: SYRIZA. Su ascenso al escenario político es meteórico, y para el año 2015 alcanza el gobierno bajo la candidatura de Alexis Tsipras.

Al otro lado del mediterráneo, en España, surgen las manifestaciones del 15M. Reclaman una democracia más participativa, crítica de los recortes y rescate de bancos, y es en su seno donde la izquierda anticapitalista establece lazos de diálogo en común. Se encuentran con el apoyo de pensionistas, docentes, desahuciados, y un gran número de jóvenes. Y al igual que su hermano griego se presentan en el 2015 a las elecciones bajo el nombre de Podemos. Si bien no logran la victoria, tienen suficientes votos como para garantizarse varias intendencias y bancas en el congreso. Esto no es menor, ya que Podemos rompió con el bipartidismo imperante desde el pacto de la Moncloa, forzando al gobierno a buscar alianzas para alcanzar el poder. Desde esa elección en adelante, en España no hay un partido que pueda adjudicarse la mayoría necesaria para gobernar.

I.5.d. Los espacios de centro

La crisis institucional y económica del 2008 también fue aprovechada por una oleada de nuevos partidos críticos de la rigidez y poca legitimidad de los modelos tradicionales, sin por ello inscribirse bajo el programa de la izquierda anticapitalista. Los analistas le llaman partidos “antisistema”, por la desconfianza que demuestran hacia los políticos que consideran del “establishment”, a los que no se cansan de tildar de corruptos e ineptos por igual.

Su fuerza se encuentra en la novedad y la transversalidad, en la denuncia y el escepticismo. En la era de redes y noticias con 140 caracteres, no es de sorprender que los primeros en destacar hayan sido los Partidos Piratas, una serie de movimientos políticos de diversos países. Las banderas de los mismos suelen coincidir en el compromiso por la democracia directa por medio de la internet, la defensa de la neutralidad de la red, la transparencia, cultura libre por medio reforma de derechos de copyright y patentes, entre otros. Su plataforma es el reflejo de las nuevas tecnologías y la cultura nacida de la internet. De allí su nombre, en honor del servidor de torrents The Pirate Bay, fundada por el movimiento Piratbyrån en 2003. Hasta el momento, han alcanzado escaños legislativos en Islandia, Republica Checa, Alemania y Suecia, de donde el movimiento nació.

Empero, el más exitoso de los partidos antisistema es el Movimento 5 Stelle (Movimiento 5 Estrellas) de Italia, fundado por Beppe Grillo en 2009. Grillo es un famoso comediante que supo canalizar el descontento social bajo la plataforma de democracia directa y digital. Su discurso se condensa en cinco objetivos: agua pública, medio ambiente, transporte, conectividad y desarrollo. Féreos críticos de la corrupción italiana, proponen como solución la financiación de los partidos por medio de pequeñas donaciones privadas y no por fondos públicos.

No tardaron en ser denunciadas como populistas, pero la atención de la ciudadanía ya era suya. Los italianos habían encontrado una manera de deshacerse de Berlusconi, de insultar a la iglesia y a los banqueros sin ser tachados de comunistas o temer la excomuni3n. En la actualidad, son el partido con más bancas en diputados y senadores, conjuntamente con las alcaldías de Roma y Turín, las dos principales ciudades del país.

Para terminar, me gustaría destacar otro evento importante en el panorama político. Desde la década de los 90's hay un boom en la creaci3n de partidos políticos que reclaman por la independencia de determinados sectores del país; el Partido Nacional Escocés, la Nueva Alianza Flamenca (NVA) de Bélgica, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKip) y el Partido Demócrata

Europeo Catalán (PDeCAT), Con excepción del UKip (que basó su plataforma en la separación del Reino Unido de la Eurozona) el resto aboga por la separación de lo que consideran regiones históricas con un lenguaje y cultura distintos al de resto de su país, junto en muchos casos un rechazo por las políticas económicas y migratorias de la comunidad Europea. En los últimos años se han llevado a cabo un gran número de referéndums de independencia, cada uno con un nivel distinto de éxito. No deja de sorprender que surjan en varios de los países que durante los siglos XV y XVI fueron los modelos para la creación de los Estados-nación que gobiernan el globo hasta nuestros días.

I.5.e. La derecha

Primero, no es mala palabra, y al igual que con sus primos de la izquierda, engloba un interminable listado de ideas y principios tan distintos como enfrentados. Por lo general se les asocia a posiciones liberales, capitalistas, conservadoras o religiosas, todas ellas tan diversa que su separación debería resultar en principio tajante, pero que en la realidad política se ha demostrado más que compatible o abierta a la alianza. Mucha de la facilidad para la unión se debe a que comparten lo que Edmund Burke bautizó como escepticismo epistemológico.

Para Burke, la sociedad es infinitamente compleja y en extremo sutil, por lo que escapa a la comprensión de los individuos. Las formas actuales de gobierno o economía, si bien se reconocen como “no tan perfectas”, demuestran funcionar con relativo éxito. Es lo que funciona, lo que nos queda después de interminables años y de un largo listado de civilizaciones muertas.

Si comprender la realidad es difícil, nadie tiene la sabiduría ni conocimiento suficiente para rechazar el legado de siglos. La conclusión lógica es abrazar los valores éticos y el orden tradicional, abordando las propuestas de cambio con recelo y desconfianza. Debería resultarles llamativo que comience mi análisis con el que antaño resulto ser el más acérrimo enemigo del statu quo. Hablamos del más fuerte movimiento revolucionario, el más longevo y exitoso,

el que logró terminar con las ideas medievales en Europa y permitir el desarrollo de la burguesía y las naciones estado: el liberalismo.

Los liberales basan su filosofía política en un determinado modelo de naturaleza humana. Dentro de ella, los seres humanos somos individuos racionales, prestos a maximizar los propios beneficios económicos. Este comportamiento no es aislado, y al igual que una colmena o un hormiguero, la natural predisposición del hombre a satisfacer sus instintos permite que todos alcancen el bienestar que anhelan. Las desigualdades, en todo caso, son el reflejo de la capacidad y el esfuerzo individual. Así, las desigualdades reflejan la capacidad y el esfuerzo individual diferenciador. Bajo este modelo se condena la intervención Estatal "excesiva": el Estado es un gendarme, protege a los individuos. No regula ni construye. Sus tareas están limitadas por la confianza de la gente, que se expresa por medio de una constitución, y para los viejos liberales, también por el contrato social. Sus herramientas son disciplinarias y normativas. A los liberales también les fascina las discusiones sobre libertad, propiedad, competencia y libre mercado.

El éxito de las políticas keynesianas en la posguerra les desplazó en el plano político, hasta que el mismo peso del estado de bienestar colapso sobre las naciones desarrolladas en los 70. Alguien tenía que hacerse cargo de las cosas, ya nada funciona como antes.

Y el viejo modelo volvió con fuerza desde Chicago. A través de las presidencias de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, la escuela económica de Chicago, sucursal americana de la escuela económica de Viena, abogó por un liberalismo sin controles, al que muchos de la izquierda no dudaron en llamar salvaje. Para sus pensadores, en el mejor de los casos, las sociedades solo existen como conjuntos de individuos, mas egoístas y racionales aún que los modelos propuestos por sus antecesores.

El Estado no se encarga de controlar el mercado; el mercado es el que decide qué tipo de estado requiere. Paradójicamente se termina con estado más activo que antes, pero cuya actividad se centra en estar constantemente legislando

para recortar sus funciones y brindarlas en el mayor espacio de seguridad para los inversores privados. No tardaron en razonar que, si los modelos de análisis económico que manejaban resultaban ser tan exitosos, ¿Por qué no aplicarlos al resto de la sociedad, en todos sus niveles? La lógica de mercado comenzó a permear en disciplinas tradicionalmente ajenas: en la educación, la salud, en la vida matrimonial y hasta en el derecho penal. La racionalidad económica premia la eficiencia, y esta es el mejor reflejo que tenemos de la opinión de los consumidores, que somos todos. Nuestras compras son nuestras decisiones, con tanta fuerza como si se tratara de un voto para presidente. Sostienen este principio como la única manera de saltar el escepticismo epistemológico y alcanzar una cuota de verdad científica.

I.5.f. La derecha alternativa

Muchas personas no tienen problema con la propiedad privada. ¿Pero los constantes flujos de capital? Nada, un resultado natural de la libertad humana frente... ¿y la relocalización de empresas en países tercermundistas para abaratar costos? Algo molesto, pero lógico... ¿Y los productos extranjeros que invaden las góndolas y cierran empresas genuinamente nacionales? Eso es malo... ¿o incluso los propios extranjeros que invaden el espacio nacional y usurpan los puestos de trabajo que nuestros vecinos o compatriotas tanto necesitan...?

Intolerable, diría otro sector de la derecha. Y es que el neoliberalismo, con su lógica económica, colisiona con instituciones tradicionales como el estado nación. Si bien los neoconservadores norteamericanos (a los que parece encantarles usar el prefijo en todo) lograron cierta unión entre sus ideas y las de la religión protestante y el excepcionalismo americano, los más radicales y puristas defensores de estos principios no tardaron en atacar al propio neoliberalismo.

Nuevas épocas requieren de un nuevo entusiasmo para viejas soluciones. Hablamos de los radicales de extrema derecha, fervientemente patriotas, capitalistas pero anti globalización, defensores de su raza y las tradiciones y

creencias que estas conllevan. Vislumbran sus sociedades como antiguos faros de civilización, el pináculo de un largo camino de progreso, arruinada o en peligro frente a enemigos tanto internos como externos.

Al igual que la izquierda, la crisis del 08 y la fragilidad de los partidos tradicionales les permitió volver a la arena política. Tanto en Estados Unidos como a lo largo de Europa estos partidos se caracterizan por una fuerte denuncia a los políticos tradicionales y una recargada agenda reaccionaria:

Por allí tenemos un Hipernacionalismo reforzado por la defensa de la supremacía blanca o europea, frente a lo que ellos consideran fronteras débiles, no solo económicas sino también culturales, ya que los inmigrantes de antiguas colonias traen consigo una religión y valores foráneos que ponen en peligro las propias. No es de extrañar por ello sus posiciones anti globalitas o euroescépticas, reflejo de una etapa de cambios en la economía del primer mundo, y en el peor de los casos la base para las mayores locuras de conspiración sobre una invasión silenciosa del espacio vital de las naciones.

Lo interesante de estos partidos es la rapidez con que se forman, y lo acéfalas que pueden resultar. La primera manifestación de los mismos fue el Tea Party, un pequeño movimiento dentro del tradicional Partido Republicano de los EEUU. Acusando al entonces presidente Obama de socialista (y de no haber nacido en EEUU, o ser un musulmán encubierto) salieron en enormes manifestaciones repletas de pancartas, reclamando por volver a los valores tradicionales: el destino manifiesto de su país, el derecho a portar armas, una reducción significativa (por no decir casi total) del gobierno federal y la abolición de los impuestos. Este espacio de derechas es el resultado de años de acercamiento entre los objetivistas libertarios, paleo conservadores ultranacionalistas y los viejos perros de Reagan, los tele-evangelista del sur. Un grupo variado y tan raro como sus propios nombres demuestran, y si bien su fuerza en el senado no se demuestra en asientos, si lo hace en el lobby: los hermanos David y Charles Koch son los principales fundadores de enormes think thank libertarios que no solo forman congresistas, también les mantienen en el poder financiando sus campañas.

Esta extraña mezcla entre grupos sigue resultando algo anticuada, todavía liderada por políticos que anteriormente formaban parte del núcleo republicano. La política en la era de la tecnología no se limita a sentarse en el congreso y esperar en los pasillos con enormes cheques.

En los foros de internet, especialmente 4chan y Reddit, los usuarios contaban con una libertad para comunicarse desconocida. Ya no era necesario publicar panfletos o revistas que se iban de circulación con rapidez; los usuarios con acceso a internet podían iniciar subgrupos de discusiones centradas en ideas afines, sin limitaciones de espacio o financiación y por sobretodo, editores que controlaran su lenguaje o las fuentes.

Así nacieron los alt right, la sección más reaccionaria de la nueva derecha, que impulso su agenda por medio de memes de humor negro. No, no es un chiste; es más, tal vez sea la forma más innovadora para comunicarse de nuestro tiempo. La falsa apariencia de los chistes, por ejemplo, acerca del holocausto (solo por mencionar, pero al principio uno de sus favoritos) les permitió traer el tema de manera amena entre los jóvenes, que son los primeros en disfrutar de este tipo de humor que va en contra de las formas más “correctas” de comunicación. Camuflados, pudieron jugar con símbolos anteriormente cuestionados, y posicionarse entre los usuarios. Solo es necesario que alguien cuestione el chiste para tener la oportunidad de soltar un discurso preparado sobre el tema, dejando muchas veces en ridículo al usuario en cuestión, el cual no se encontraba preparado para refutar punto por punto un largo listado de nombres y estadísticas por igual de dudosas que de inexactas.

En una era de constante información, provocar permite más noticias, y más noticias significa más atención. La inmediatez y el shock permitió a una organización sin líderes reconocibles, acéfala en todo sentido, poner de presidente a un hombre que no duda en llamar violadores a los inmigrantes y acusar de conspiradores a sus oponentes. Todos sabemos su nombre, todos sabemos lo que dijo, todo está en su cuenta de twitter.

I.5.g. La centro derecha

Integran este último espacio las siempre y ocasionales alianzas de posiciones moderadas con otras más conservadoras, o alguna plataforma liberal junto con otras expresiones de la democracia cristiana. Todos ellos perciben el rol del Estado como garante del orden y de ciertas materias de bienestar social, sin descuidar las ideas sobre la responsabilidad individual de los ciudadanos.

Muchos son partidos tradicionales, pero uno se destaca por adoptar formas más modernas de comunicación, que le permitió posicionarse en la política a un grupo de personas ajenas a este y como con los otros ejemplos, romper con la hegemonía bipartidista de su país. Hablamos del Partido Propuesta Republicana.

El Pro es una alianza electoral nacida en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Integrada por varios espacios de centro derecha que anteriormente se habían acercado para participar en otro frente menos exitoso tanto a nivel nacional como de la capital federal que se llamó Recrear y era conducido por Ricardo López Murphy. Tras la derrota de este espacio en 2007, tomó la conducción del mismo Esteban Bullrich y cerró una alianza con Mauricio Macri. El caso de Mauricio es interesante. Heredero de uno de los grupos económicos más grandes del país, su perfil público se centró en la dirección del club de fútbol Boca Juniors, donde los logros deportivos de la institución le permitieron lograr una mayor repercusión. Todo un outsider político, más cercano a los lunch de CEOs de Palermo o los palcos de la bombonera que a los furiosos discursos que circulaban en esa época.

Mauricio Macri ganó la elección de Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 2007 con la sigla PRO y a partir de este momento nunca más volvió a perder una elección. Absorbió virtualmente a la UCR de Capital Federal y luego, aliado al partido a nivel nacional obtuvo la presidencia en 2015. cargo de Jefe de Ciudad en el año 2007. A partir de allí, se buscó alianza con otros partidos para lograr ampliar el alcance del partido. Ninguna resultó fructífera hasta la formación del Frente Cambiemos. La fuerte alianza con la Unión Cívica

Radical le permitió usar su estructura nacional y más consolidada para expandirse.

Para las elecciones del 2015, la fórmula Macri - Michetti alcanzó la presidencia. Toda su campaña se basó en eslóganes rápidos, promesas de continuidad y de ruptura, y en el inteligente uso de las redes para esparcir su mensaje, en especial por medio de memes y constantes confrontaciones con otros usuarios en la red por medio de sus simpatizantes.

Lo interesante de Cambiemos también se haya en su composición. Una parte de ella proviene de ciertos partidos tradicionales, pero otra y más importante es ajena a la arena política. Gente del círculo económico, que luego de la crisis 2001 comenzaron a interesarse en la participación política. Una alternativa a los viejos modelos, de alguna manera reflejando lo que el Kirchnerismo hizo para el interior de la centro izquierdo en el peronismo.

Pero esto no se detiene meramente en su composición; la lógica gerencista también se refleja en las propias consignas del partido, o hasta en su nombre. Tomemos Pro por un momento; una reducción del anterior nombre, buscando un nombre más sencillo y pegadizo, incluso con ciertas connotaciones positivas, puesto que Pro en inglés significa profesional. Se abandona lo formal y solemne de los discursos políticos en favor de algo que parece más cercano a las campañas de marketing.

En cuanto a sus ideas, muchos le catalogan como un partido “atrapalotodo”, o catch-all party, más enfocado en atraer la mayor cantidad de votantes posibles, centrando su competición electoral en elegir para su discurso determinados temas que posibilitan un amplio consenso entre la población general; por ejemplo, la seguridad ciudadana, de la que el Pro se volvió su más feroz vocero durante su papel como oposición.

Sería mejor llamarles flexibles, abiertas al diálogo y la negociación. Esta es la forma en la que se presentan en sus distintos documentos de divulgación. En su libro “La vía Pro en 10 Puntos”, Mauricio Devoto explica que la intención del

partido es presentarse como vía diferente frente a las clásicas dicotomías de izquierda o derecha, o en nuestro país las de peronistas o radicales, que para los miembros del Pro forman parte de un discurso anticuado. En su opinión, el partido se fundamenta en “(...) mirar el tablero de soluciones y escoger la mejor (...) superar las clásicas antinomias que estancan y paralizan y buscar otro camino (...)”, sin por eso caer en el mero pragmatismo o relativismo. Sus políticos tienen la entera disposición de crear “una Argentina solidaria, alegre, dinámica, moderna, justa, segura y feliz.

El título del libro también nos da un vistazo a su espectro ideológico. La palabra vía alude a la llamada third way o “tercera vía” europea de los 80’s. Devoto reconoce que el PRO tomó “el rechazo por todos los extremismos”, siguiendo la definición del presidente colombiano Juan Manuel Santos sobre lo que se trataría su gobierno: “El mercado hasta donde sea posible y el Estado hasta donde sea necesario”.

II.1. Grupos de interés. Nociones generales. Una clasificación. (Texto en colaboración con Lucas Gómez Portillo)

En el entorno societal y en relación al denominado “sistema político” encontramos grupos que buscan influir, determinar, condicionar o controlar a los actores políticos que tienen capacidad de convertir demandas privadas o grupales en normas de alcance general y obligatorias para todos y todas. Los mismos están presentes en toda sociedad.

La estructura estatal, construida a lo largo del tiempo, es consecuencia del juego de poderes que han tenido lugar durante años esos mismos grupos de poder, no solo de las interacciones que tienen lugar dentro del propio sistema político. Por ello, la interacción entre estos grupos, el sistema de partidos políticos y las instituciones estatales resulta dinámica, variable y determinante del funcionamiento del sistema político. No se puede analizar el funcionamiento de la estructura estatal sin ponderar la acción de estos grupos.

Es oportuno rescatar algunas nociones desarrolladas en la Unidad 2 antes de avanzar en el tema. Al hablar de “Sistema político” en términos democráticos, siguiendo la ciencia política tradicional, se hace alusión a lo estrictamente estatal y lo que circula en su periferia. En ese contexto contemplamos a los partidos que, ubicados en las fronteras entre el sistema y su ambiente “filtran” los ingresos y egresos del mismo y al mismo tiempo pretenden acceder al control del poder del Estado y ocupar espacios institucionales, como son los cargos legislativos o de organismos de control.

En el entorno del “sistema político” que delimitamos, envolviéndolo, conviven millones de personas, que en definitiva son su razón de ser, ya que debe atender a sus necesidades (por lo menos en un grado mínimo), receptor sus demandas y brindar respuestas. De no hacerlo, se volvería obsoleto y correría el riesgo de desaparecer o transformarse.

Como vimos, los partidos “filtran” las demandas que ingresan al sistema. Funcionan como caja de conversión de una pretensión individual o sectorial, que ingresa como “input” o ingreso, en una decisión que se convierte en norma obligatoria para todos y todas, como “output” o salida. Sabiendo todo lo anterior, hay ciertas preguntas que debemos intentar responder: ¿Esos millones de personas actúan por separado? ¿El Estado (manejados por el “Sistema político”) da respuestas a la totalidad de las demandas de cada una de esas personas? ¿Cómo elige el “Sistema político” cuál demanda atiende antes que a otra? Veamos.

La unión hace la fuerza. Dentro de todo organismo social se producen acuerdos, más o menos importantes, con mayor o menor estabilidad o dinamismo. Todos nosotros, ya sea por experiencia personal o colectiva, a poco andar nos percatamos de que actuar sólo, de manera aislada, tiene serias dificultades para lograr éxito en un entorno social. Cada uno de nosotros puede tener muy buenos argumentos e ideas, pero en soledad difícilmente lleguemos a lograr su reconocimiento social o que las mismas sean reproducidas por otras personas; nuestra subsistencia individual resulta completamente condicionada

por la interacción que tengamos con otros individuos. No producimos nuestros propios alimentos, vestimentas y edificios donde habitar.

Estas certezas hacen que busquemos producir intercambios con otros, buscando reglas comunes y objetivos conjuntos. De este modo, puede que nos vinculemos para comprar algún alimento de manera frecuente o que encontremos que las necesidades individuales propias coincidan con las de otras personas.

El entramado social está compuesta por múltiples y diversas organizaciones que se van generando y manteniendo en su interior. Cada una integrada por varios individuos con intereses similares, otras con intereses interdependientes, otras con intereses diferentes y otras con intereses contrapuestos. Esta es una primera aproximación a lo que desde la ciencia política tradicional se denomina “grupo”. La definición más básica que podríamos dar es que se trata de “grupos de personas organizadas para mantenerse en el tiempo, promoviendo determinados tipos de objetivos que pueden estar relacionados con el interés de sus propios miembros (organizaciones sindicales o empresarias, grupos de medios de comunicación) o con programas de acción política que exceden el interés personal de sus miembros (grupos de DD HH, ambientalistas, antimineros, etc.)

Obviamente hay un dato muy importante para que nos interese analizarlos; el objetivo que persigue el grupo se objetivo tiene que tener como consecuencia directa o indirecta influir, determinar, condicionar o directamente imponer a la estructura institucional, o sea al “sistema político”, una propuesta, visión o demanda, de manera tal que el “sistema político” convierta esa propuesta, visión o demanda en una decisión estatal, con efecto vinculante para todos los miembros de la comunidad política.

En palabras sencillas, el grupo busca que sus ideas o necesidades sean tomadas por el Estado para lograr que sean obligatorias, incluso para quienes no forman parte de ese grupo. Cuentan para ello con una serie de herramientas que van desde la simple difusión de ideas para conseguir apoyo y convencer a

los decisores políticos de que deben atender esas demandas; influencias sutiles como reuniones o actividades donde se invita a legisladores, asesores y referentes políticos, aportar dinero para la campaña electoral; hasta medidas de fuerza como huelgas y cortes de ruta.

Algunas veces esas intervenciones son lícitas y otra no, y a veces esos grupos persiguen fines lícitos y otras veces no, o no tanto. Así como los partidos “filtran” las demandas sociales al sistema político, los grupos “filtran” demandas hacia los partidos y también hacia el sistema político.

En general podemos decir que estos grupos presentan estas características:

- Persiguen decisiones públicas relacionadas con la satisfacción de su propio interés o de programas de acción política que los trasciende
- No forman parte del “sistema político”, pero suelen colocar personas “dentro” del sistema político de manera ostensible o encubierta
- Sus modalidades de actuación son potencialmente infinitas
- Su actuación puede ser legal o ilegal

II.1.a. Clases de grupos

Tradicionalmente se propusieron dos grandes categorías de acuerdo a la intensidad o coacción con la que ejercen esa influencia sobre el “sistema político”:

Si sólo operan sobre el sistema peticionando, reclamando, informando, sensibilizando, divulgando o demandando, se trata de grupos de interés. Su modo de persuadir a los actores políticos es sutil, moderado, de intermediación entre el conjunto social y el sistema decisor. En general se da lo que se denomina Lobby, que implica la acción de estos grupos ante el Congreso o las Legislaturas o funcionarios en general para plantear agendas legislativas y decisiones gubernativas de todo tipo. En Estados Unidos, por ejemplo, esta práctica alcanzó niveles de tal visibilidad y poca transparencia, que ahora la práctica se encuentra legislada y regulada.

Por el contrario, cuando la acción es dirigida, fuerte, concentrada y, en definitiva, coactiva, se califica a dichos grupos como grupos de presión. Ya no hay sutilezas, sino intensos condicionantes sobre el libre actuar de esos partidos políticos y del sistema político en general. La propuesta de conversión de la demanda individual o sectorial va desde condicionar la decisión política a imponerla.

Una segunda clasificación puede plantearse a partir del tipo de intereses que defienden y promueven. Tendremos una primera categoría que llamaremos nuevamente grupos “de Interés”, los cuales persiguen, defienden, promueven y patrocinan intereses relacionados con los propios miembros del grupo Agrupaciones de trabajadores o empresarios, etc. Mientras que los grupos de “programa” persiguen, defienden, promueven y patrocinan programas de gobierno o decisiones que exceden el interés personal de sus miembros, como son los Ambientalistas, pro aborto, anti globalización, etc.

II.2 Los grupos y sus formas de actuación: los grupos de presión.

Los grupos presentan diversas modalidades para cumplir con sus objetivos, exteriorizar sus intereses y tratar de influir o condicionar a la estructura política. Como ya dijimos esos modos varían según el grupo y las circunstancias. Varían también desde la mera sensibilización hasta la utilización de la fuerza o la coacción. modalidades de “sensibilización” o “visualización” de los reclamos y peticiones de un grupo podemos mencionar por lo menos:

- Conferencias de prensa
- Visita a autoridades
- Concientización en general
- Sensibilización
- Solicitadas y difusión de mensajes en las redes
- Vigilias y tomas pacíficas
- Contactos informales

Pero como decíamos, estos métodos pacíficos y “reflexivos” de comunicación de demandas pueden tornarse más virulentos o radicalizados cuando hacen uso de un cierto nivel de “coacción” es decir tratan de imponer sus demandas forzando al sistema a dar respuesta. En ese contexto las posibilidades y variantes de la coacción son virtualmente infinitas y pueden clasificarse en públicas y generales o privadas o reservadas o secretas. Entre las primeras podemos mencionar:

- Huelgas
- Movilizaciones
- Piquetes
- Tomas de edificios o empresas
- Escraches públicos
- Sabotajes

Como señalábamos, hay también formas de coacción que operan en un nivel privado, o reservado o aún secreto, entre las que podemos señalar:

- Amenazas
- Sobornos
- Chantajes
- Carpetazos
- Aprietes de todo tipo
- Promesas de futuros beneficios

En nuestras sociedades abiertas actuales un mecanismo importantísimo de lobby y comunicación de demandas e intereses está dado por los contactos informales provenientes de relaciones de familia, y amistad: Es normal que personas que han ido al mismo colegio, o al mismo club o han trabajado juntos en una determinada empresa generen lazos personales que luego se ponen en juego en la relación entre el sistema político y los grupos del entorno social.

II.3. Algunos ejemplos de grupos

Como hemos señalado reiteradamente, en la actual sociedad son infinitos los grupos de interés y programa en los cuales la ciudadanía canaliza su actividad y participación. Sugerimos a lxs cursantes analizar los siguientes a fin de examinar el funcionamiento de los mismos y la forma que tienen de interactuar con el sistema político a lo largo del tiempo. A modo de ejemplo, y sin ánimos de excluir otros igual o más importantes, podemos mencionar algunos de los principales grupos de interés y presión de Argentina y Mendoza.

Del ámbito económico y empresarial:

Unión Industrial Argentina
Cámara Argentina de la Construcción
Confederación Argentina de la Mediana Empresa
Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa
Asociación de Bancos
Consejo Empresario Mendocino (Mendoza)
Unión Comercial e Industrial (Mendoza)

Del sector gremial:

Confederación General del Trabajo
Asociación de Trabajadores del Estado
Central de Trabajadores Argentinos
Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina
Sindicato Único de Trabajadores de la Educación (Mendoza)
Asociación de Trabajadores del Estado (Mendoza)
Asociación de Médicos y Profesionales de la Salud (Mendoza)
Asociación de empleados judiciales (Mendoza)

Del sector agropecuario:

Confederaciones Rurales Argentinas
Sociedad Rural Argentina
Federación Agraria Argentina
CARBAP

Cámara de Comercio, Industria, Agricultura y Ganadería de General Alvear
(Mendoza)

De los multimedios:

Multimedios Clarín

Multimedios América

Grupo PERFIL

Grupo INDALO

Grupo Omar Álvarez (Mendoza)

Grupo Sigifredo Alonso (Mendoza)

Derechos Humanos:

Madres de Plaza de Mayo

Abuelas de Plaza de Mayo

Liga Argentina por los Derechos del Hombre

Asamblea Permanente por los Derechos Humanos

HIJOS

XUMEC (Mendoza)

Fundación Ecuménica de Cuyo (Mendoza)

A favor y en contra del aborto:

Ni una Menos

Salvemos las dos vidas

Campaña Nacional por la Legalización del Aborto

Grupos "piqueteros":

Movimiento Evita

Corriente Clasista y Combativa

Movimiento Barrios de Pie

Confederación de Trabajadores de la Economía Popular

Grupos ambientalistas y ecologistas:

Greenpeace

OIKOS (Mendoza)

Grupos de usuarios y consumidores:

(ADECUA) Asociación de Defensa de los Consumidores y Usuarios de la República Argentina

Consumidores Libres

Protectora (Mendoza)

III.1. Opinión pública. Concepto. Características. Funciones.

Pocos conceptos de la teoría política resultan tan vagos, difusos, imprecisos e inasibles como el concepto de opinión pública. Resulta un fenómeno imposible de definir en pocas palabras pero cuya trascendencia es sustancial para los sistemas políticos actuales. Podríamos aproximarnos a la opinión pública considerándola un conjunto de flujos de información que operan entre el sistema social y el sistema político, condicionando fuertemente a éste último y obligándolo a adoptar decisiones.

Hasta la revolución industrial las personas de distintas comunidades se comunicaban poco entre sí. Pocos eran los que sabían que había más allá de la parroquia en la habían nacido y en la que, con mucha seguridad, también morirían. La información, escasa e inexacta, era un lujo del clero y la nobleza, que dependía de viajeros, mercaderes, gitanos, frailes o bandoleros para obtenerla.

Este ambiente de “verdades inamovibles” tambaleó frente a la incipiente opinión pública, que comenzó siendo un conjunto de opiniones que se intercambiaban sobre temas más allá de la vida cotidiana: cuestiones de conciencia, de bien público y por, sobre todo, de política.

Jurgen Habermas propone que la opinión pública nació de las reuniones en los cafés europeos, donde las charlas filosóficas y políticas eran el refugio de la incipiente burguesía frente al menosprecio que afrontaban en las ceremonias religiosas y recepciones de la nobleza. Era allí donde se volvían los dueños de la palabra.

Este humilde origen, de cafetín y tabernas, para el siglo XVII se instaló con fuerza en el escenario político gracias a la tarea de los primeros diarios y de los enciclopedistas.

El avance tecnológico expandió su alcance: la radio incorporó a la discusión a millones de personas que no sabían leer. La conversación de la gente se enriqueció, se hizo más interesante e involucró a personas ajenas a los círculos letrados. Le siguieron la televisión, la internet, los teléfonos celulares: la opinión pública incluyó a toda la población, invadiendo y trastornando el juego democrático, sus valores y normas. En la actualidad, con tanta información y participantes en el juego, la opinión pública aparece como totalmente líquida.

Porque opinión pública y opinión publicada ya no coinciden. No hay diario ni medio que pueda por mucho tiempo imponer unilateralmente una agenda. Internet multiplicó los emisores al infinito; prácticamente todos recibimos y emitimos mensajes. Millones de personas que no se conocen entre sí, sin un plan de acción e inmunes a la censura. Tuits, selfis, influencers, entradas de Wikipedia o Reddit: un torbellino de intercambios en donde la información es dispersa y desconcertante.

Ahora la opinión pública es cada vez más autónoma, poniendo en jaque al tradicional modelo de la democracia representativa. El Brexit, Trump o el proceso de paz en Colombia, son típicos procesos que parecían estar bajo el “control” de los actores tradicionales (partidos, sindicatos, Medios de comunicación) y sin embargo resultaron sorprendentes en sus resultados.

Ajena a todo tipo de jerarquías y autoridad, nos pertenece a todos. Ya no hay lugar para la épica y la divinidad; el discurso político debe adaptarse constantemente al cambio que nos propone esa interacción vertiginosa. Lo mismo sucedió con las “intocables” instituciones que alguna vez fueron el matrimonio o la familia, y la gente ya no duda en discutir temas referidos a la ecología o la droga.

El país y sus problemas son la cotidianeidad de las personas. Nadie se pone serio, solemne o incluso racional para todas las decisiones de nuestra día a día, y eso incluye a la política. Son muchos los que se entretienen fastidiando a los poderosos con chistes o memes, y este tipo de actividades ha llegado a formar parte del plan de campaña de muchos partidos políticos.

En el sistema democrático la estructura policéntrica de los medios de comunicación es contraequilibrada y está, en cierta medida neutralizada por el hecho de emitir mensajes distintos, cuyas voces están contrastadas por contravoces. Cosa que no se da en los sistemas totalitarios.

Y es que, en un contexto tan vertiginoso, cuanto más excepcional es un evento, más difícil es que pase inadvertido. Las ciencias han tratado de explicar la construcción de nuestra percepción de la realidad: porque ignoramos algunas cosas (una especie de “ceguera intencional”) pero en otros eventos no podemos retirar nuestra atención. No hay una norma inflexible, y para algunos la política se asemeja a otros fenómenos de la cultura de masas, como la moda, las celebridades o los jingles publicitarios. Es necesario una atención especial a determinados procesos para no caer en el error de interpretar la realidad.

Entre las trampas más comunes que nos hacemos a nosotros mismos hacia con nuestra relación con el mundo podemos nombrar:

- La ilusión de la confianza: la irracional seguridad de que lo sabemos todo, de que las cosas no son tan complejas. El trabajo de equipo permitiría mantenerse al tanto de la información que de manera individual nos sería imposible procesar.
- La ilusión del conocimiento: si pensamos que lo sabemos todo, también podemos caer en el error de creer poder planificarlo todo, predecir con certeza, controlar lo que nos sucede. Esto es muy característico de las relaciones verticales, porque todos en la cadena creen en algún grado ser especialistas en el tema.

- La teoría de la conspiración: algo muy difundido entre los dirigentes que no aceptan el punto anterior. La política es un campo de batalla, donde la gente y el caos no existe. Si yo fracase –pensara ese político- es por los “otros” y sus perversos planes. Es la carta favorita de populistas y gobiernos de extrema derecha.
- La búsqueda de la verdad: renunciar a las hipótesis provisionales, y con ella al método científico. En una realidad líquida que no se puede anticipar necesitamos equivocarnos lo menos posible.
- Lo motivacional no es racional: nuestro sentido de justicia, equidad o desigualdad no es algo metafísico e impuesto por los dioses. Lo llevamos en nuestros genes, y muchas veces nos llevan a actuar de manera irracional. La gente no actúa en un vacío, sino en función del cambio que experimentamos respecto de una situación anterior que nos sirve de referencia, donde el miedo, la incertidumbre o el riesgo juegan también un rol fundamental.

Así, la opinión pública nos aparece como sensible respecto a acontecimientos importantes, oscilando de un extremo a otro sin un equilibrio claro. Los acontecimientos la determinan, y la opinión sobre la opinión (es decir, manifestaciones verbales y directrices sobre cursos de acción) es de gran importancia para un público sugestionable. La opinión pública carece de estructura; no prevé casos de emergencia, reacciona frente a estos. En ese contexto, cada sujeto participa desde su propio interés, movilizado por una fuerte carga emocional pero que busca una justificación racional a sus actos. A mayor educación e información hay un mayor sentido común en la opinión pública.

La opinión pública tiene por lo menos tres funciones claras en relación al sistema político:

a) legitimación de origen: el día de una elección de autoridades la opinión pública queda nítidamente expresada en el resultado electoral. En las democracias modernas no se concibe un gobierno que no surja de elecciones libres y competitivas y ese día la opinión mayoritaria se vuelca a favor o en contra de los candidatos definiendo la legitimidad de origen de un gobierno.

b) legitimación de ejercicio: las variaciones de la opinión pública a favor y en contra del gobierno marcan en la actualidad un termómetro necesario para evaluar las condiciones de legitimidad de ese gobierno. Si bien en el marco constitucional que nos rige un gobierno debe cumplir sus mandatos temporales es muy difícil para los gobernantes mantenerse en el poder cuando la opinión pública se les vuelve en contra o expresa elevados niveles de rechazo. La caída del presidente De la Rúa en Argentina o de la presidente Dilma Rousseff en Brasil estuvo asociada a procesos de este tipo.

c) anticipo de medidas de gobierno: muchas veces los gobiernos antes de tomar efectivamente determinadas medidas vuelcan la intención a la opinión pública a fin de analizar las reacciones favorables o contrarias que se puedan suscitar.

Bibliografía general

- Auyero, Javier; La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo; Manantial, Buenos Aires, 2001
- Bonasso, Miguel; El palacio y la calle. Crónicas de insurgentes y conspiradores; Planeta, Buenos Aires, 2002
- Castro, Nelson; La sorprendente historia de los vicepresidentes argentinos; Vergara, Buenos Aires, 2009
- Cerruti, Gabriela; El pibe. Negocios, intrigas y secretos de Mauricio Macri, el hombre que quiere ser Presidente; Planeta, Buenos Aires, 2010
- De Ipola, Emilio; Ideología y discurso populista; Folios Ediciones, Buenos Aires, 1983
- Di Marco, Laura; Macri. Historia íntima y secreta de la élite argentina que llegó al poder; Sudamericana, Buenos Aires, 2017
- Durán Barba, Jaime y Santiago Nieto; La política en el siglo XXI. Arte, mito o ciencia; Debate, CABA, 2017
- Foucault, Michel; Un diálogo sobre el poder, Alianza Editorial, Madrid, 1981
- Friedrich, Carl J.; Filosofía política, ideología e imposibilidad; Revista de Estudios Políticos. No 105, Madrid, 1959
- Fukuyama, Francis; El fin de la historia y el último hombre; Planeta, Barcelona, 1992
- Fukuyama, Francis; La gran ruptura. La naturaleza humana y la reconstrucción del orden social; Atlántida, Mexico, 1999
- Giddens, Anthony; La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia; Taurus, Madrid, 1999
- Mangabeira Unger, Roberto; La alternativa de la izquierda; Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010
- Massun, Ignacio; Las ideologías en el siglo XXI; Editorial Métodos, Buenos Aires, 2004
- Melo, Leopoldo; Compendio de Ciencia Política; Depalma, Buenos Aires, 1979
- Miranda, Diego; Crisis de Representación Política en la Argentina. Desarrollo Político e Instituciones Más Allá del 'Estado de Malestar'; V Congreso Nacional de Ciencia Política, Sociedad Argentina de Análisis Político, 2001
- Montbrun, Alberto; El cambio en la ciencia, el cambio en la política; en Sociedad vs. Política; Fundación Libertador, Zeta Editores, Mendoza, 2002
- Montbrun, Alberto; Notas para una revisión crítica del concepto de "poder"; Polis, Revista de la Universidad Bolivariana de Chile, Volumen 9, No 25, pags. 367 a 389, Chile, 2010
- Natanson, José; La nueva izquierda; Editorial Sudamericana, Debate, Buenos Aires, 2008
- Noriega, Gustavo y Guillermo Raffo; Progresismo. El octavo pasajero. Historia enciclopédica parcial del malentendido que destruyó la política argentina; Sudamericana, Buenos Aires, 2013
- Novaro, Marcos y otros; Los límites de la voluntad. Los gobiernos de Duhalde, Néstor y Cristina Kirchner; PAIDOS, Buenos Aires, 2014
- Oro Tapia, Luis; ¿Qué es la Política?; Ril Editores, Chile, 2003
- Raus, Diego Martín y Sofía Respuela; Ciencia Política. Perspectivas y debates contemporáneos; Editorial Docencia; Buenos Aires, 1997
- Sartori, Giovanni; Elementos de Teoría Política; Alianza Editorial, Madrid, 1992
- Vommaro, Gabriel; La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder; Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2017
- Zolo, Danilo; Complejidad, Poder, Democracia; Editorial Arnoldo Mandodere, 1979